

Didáctica

Filosofía y literatura, una gran oportunidad didáctica

Juan Carlos Castelló

En el presente artículo proponemos el uso de la literatura para el estudio de la filosofía en el bachillerato, como un elemento didáctico de gran envergadura. Para ello, más que justificaciones teóricas, hemos querido enunciar la tesis pedagógica que lo sostiene e, inmediatamente, ofrecer un ejemplo que confirme nuestra propuesta y sirva como paradigma de la línea didáctica que seguimos¹.

Cuentan que el maestro impartía su doctrina en forma de parábolas y de cuentos que sus discípulos escuchaban con verdadero deleite, aunque a veces también con frustración, porque sentían necesidad de algo *más profundo*. Así, a todas las objeciones que los discípulos le planteaban sobre la cuestión, respondía invariablemente con las mismas palabras: “todavía tenéis que comprender, queridos, que la distancia más corta entre el hombre y la Verdad es un cuento”².

En no pocas ocasiones le resulta complejo al filósofo o al profesor de filosofía aceptar que las cosas importantes puedan contarse y explicarse con palabras sencillas –entreveradas en forma de leyendas, narraciones, relatos, etc. y no por ello arracionales o irracionales–. Más de una vez ha subrayado Ortega y Gasset que la claridad es la cortesía del filósofo; sin embargo, no sólo debería ser la cortesía, sino una exigencia metodológica y hermenéutica (especial-

¹ Para mayor información, consúltese mi libro *Ocho metáforas sobre la condición humana*, ed. Diálogo, Valencia, 2001.

² DE MELLO, A. *¿Quién puede hacer que amanezca?* Sal Terrae, Santander, 1988, p. 36.

mente para el profesor de filosofía de secundaria). Anthony De Mello nos lo ha dicho de otra manera, siguiendo su extraordinario estilo pedagógico: “cuando se ha perdido una moneda de oro, se encuentra con ayuda de una minúscula vela, y la verdad más profunda se encuentra con ayuda de un breve y sencillo cuento”³.

El valor que damos en la unidad didáctica que proponemos a esa otra forma de *contar* las cosas no trata de desprestigiar la forma tradicional de explicar filosofía ni mucho menos de menospreciar los intentos de fundamentación última y de sistematización que los grandes pensadores, especialmente los filósofos, han procurado a lo largo de la historia. Es más, los creemos necesarios. Lo que pretendemos es señalar que, aun así, no por ello deben quedar relegadas –por ser sencillas, extrañas o simplemente diferentes– aquellas otras formas culturales, de ahora y de otros tiempos, de nuestra influencia geográfica y de lugares mucho más lejanos, que sostienen sus cimientos sobre narraciones –orales o escritas– a la manera de cuentos, relatos y mitos, y que, sin lugar a dudas, tienen un gran valor pedagógico y epistemológico. Platón lo vio y lo dejó claro, pero pocos han seguido su estela.

El cuento, desde esta perspectiva, se torna un camino (más) hacia la Verdad, objetivo por excelencia de la filosofía. Debería, pues, ser retomado como instrumento pedagógico para recrear la filosofía, siguiendo aquella sentencia kantiana según la cual *no se aprende filosofía sino a filosofar*. Y, como afirma Lledó, “sin la compañía de este reflejo, de este mundo paralelo al mundo de los latidos, de los objetos, de la vida, la existencia humana habría sido incapaz de levantarse de su ineludible estructura animal”⁴.

Pero los relatos pueden contarse de muchas maneras y con diversas intenciones. Nuestra propuesta es recuperar una forma excepcional de comunicar y de enseñar-aprender, quizás un tanto desconocida y, desde luego, muy poco utilizada en nuestro ámbito cultural y pedagógico: nos referimos a la tradición didáctica hebrea.

Efectivamente, los hebreos desarrollaron con gran capacidad, este tipo de *género* literario aglutinador de mitos, cuentos y otras narraciones (tradicionalmente en forma oral, pero eso poco importa ahora). Los maestros de Israel, rabinos y comentaristas de los textos sagrados de la Biblia y del Talmud, lo llamaban *midrash*. Lo usaban

³ *Ibíd.*, p. 6.

⁴ LLEDÓ, E. *La memoria del logos*. Taurus, Madrid. 1984, pp. 15-6.

con la intención de interpretar, profundizar y actualizar el mensaje de su tradición, o más bien cosmovisión, religiosa⁵.

El mentado midrash es de dos tipos: haggadá y halajá. El primero de ellos –el que nos interesa a nosotros para entender la orientación didáctica pretendida y su fundamentación ‘práctica’– amplía historias bíblicas añadiéndoles datos verdaderos, legendarios o inventados. La finalidad es siempre pedagógica: sacar lecciones humanizadoras y, sobre todo, dar y sostener, explicándolo, el sentido de la vida. La peregrinación del hombre y de la mujer en este mundo necesita de una brújula y de un sentido vital. El midrash haggadá se torna así *maestro* que orienta el quehacer cotidiano y también el trascendental⁶. Vida y reflexión enlazadas en una difícil pero necesaria unidad. Moral y ética entreveradas: “moral vivida y moral pensada”, como querían Zubiri y Aranguren.

¿No deberíamos, pues, imitar a los antiguos maestros (sufíes, gurús, rabinos...), que amplían y adornan las historias no con la intención de falsificarlas sino de mejorarlas, de aprovechar su riqueza expresiva y didáctica para acercarnos a la verdad? No es tansiquiera necesario recurrir a sus cuentos e historias. En la tradición occidental tenemos miles de relatos, cuentos y leyendas que nos ayudarían a entender mejor la realidad y, sobre todo, a conocernos más a nosotros mismos. ¿Cómo, por ejemplo, explicar el bien y el mal que nos divide a cada uno de nosotros? ¿Acaso será más comprensible –desde este nuevo enfoque– el par vicio-virtud, tan difícil de explicar para nosotros?

Y es que, de otra parte, tenemos la sensación de que la filosofía y la historia del pensamiento tienen hoy poco éxito precisamente porque se presentan, en la mayoría de los casos, como saberes petrificados, momificados, caducos, poco creativos y, sobre todo, enrevesados. El estudiante de filosofía –y de ética, en particular– queda agotado por la rigidez y falta de pro-vocación de la inmensa mayoría de los textos filosóficos; dicho de otro modo, el alumno o alumna de filosofía queda desbordado e incluso aniquilado intelectualmente con la impresionante estructura y la no menos incomprensible jerga filosófica. No se trata de rehuir, sin más, los textos filosóficos: hay

⁵ Cfr. BOFF, L. *El águila y la gallina*. Trotta, Madrid, 1998, pp. 25-ss.

⁶ El midrash-halajá, por su parte, interpreta y profundiza alegóricamente sobre asuntos legales. De hecho, halajá es un término hebreo que significa curso ley judaica. Por contra, haggadá significa libro en forma de antología que presenta, en forma simple, el origen del judaísmo.

que conocerlos y tratar de analizarlos; sin embargo, es una lástima y una gran pérdida, dado que la filosofía y su historia son riquísimas en claves para la reflexión sobre el ser humano y, aunque de forma mediata y sin grandes pretensiones –al menos no deberían serlo– de orientar el camino del hombre en la historia: el que no conoce la historia tiende a repetir los errores de los antepasados; el que no reflexiona sobre el hombre y su condición –su propia vida particular y la condición humana universal– tiende a perpetuar las relaciones de dominio y a imposibilitar cualquier transformación social de importancia.

Mitos, leyendas, cuentos, relatos, filosofía... de todo ello nos valemos para esbozar respuestas en torno a las cuestiones fundamentales que preocupan y deberían ocupar a hombres y mujeres: su identidad, sus posibilidades, su destino... en fin, su naturaleza y condición.

En este artículo que presentamos, precisamente, queremos aproximarnos a la realidad humana a través de una metáfora y análisis análogo al ‘midrash-haggadá’: cuentos, parábolas o mitos que repiensen la condición humana, en la línea de ese género literario hebraico, pero con materiales de nuestra propia cultura⁷.

Así pues no vamos a recurrir, en nuestros comentarios, directamente a los grandes tratados de filosofía moral –aunque no renunciamos a ellos–, sino que proponemos escuchar un relato de extraordinaria belleza y profundidad, bajo palabras sencillas. Palabras sencillas que, no obstante, ganan profundidad y plantean preguntas últimas y respuestas contundentes –aunque inconclusas– sobre el género humano. Precisamente ahí empieza una invitación a la ética para nuestros alumnos, que compartirán su investigación –mano a mano– con el profesor-a: en la elaboración de estos midrash han de participar nuestros alumnos-as.

⁷ Difícil equilibrio el que sugerimos: hacer filosofía con y desde la literatura. Pero, como sugiere Sánchez Meca, en este caso “la literatura desaparece también como tal, o sea, desaparece como género. Pues la literatura, en la que se *cumpliría la filosofía*, no es ya género, sino la genericidad, la generatividad como autopoiesis” (la cursiva es nuestra). *El uso de la literatura en el estudio de la filosofía*, UNED, 1998. p. 30. Más distantes estamos de la opinión vertida, como de pasada, por SAVATER en *La infancia recuperada*, Alianza, Madrid, 1983, pp. 170-ss.

*1. Midrash del ser humano dividido:
a propósito del vizconde demediado*

Había una guerra contra los turcos. El vizconde Medardo de Terralba cabalgaba por la llanura de Bohemia... Cuando estalló la refriega, el vizconde asaltó con la espada desenvainada un cañón enemigo, pensando que les metería miedo a los dos artilleros. Pero, en cambio, recibió un cañonazo en pleno pecho. Medardo de Terralba saltó por los aires. Sus restos fueron colocados en un carro y llevados al hospital. Le faltaba un brazo y una pierna, y no sólo eso, sino todo lo que era tórax y abdomen entre el brazo y la pierna había desaparecido. De la cabeza quedaba un ojo, una oreja, una mejilla, media nariz, media boca, media barbilla y media frente. Por resumir, se había salvado sólo la mitad, la parte derecha, que, por lo demás, estaba perfectamente conservada. Los médicos cosieron, pegaron, amasaron; quién sabe lo que hicieron. El caso es que la día siguiente Medardo abrió el único ojo, la media boca, dilató la nariz y respiró. La fuerte fibra de los Terralba había resistido. Ahora estaba vivo y partido por la mitad.

Aquella mitad regresó a Terralba. Sus primeras acciones no dejaron lugar a dudas. Su antigua nodriza, que le conocía bien, dijo: Ha regresado la mitad mala de Medardo.

Y el vizconde tenía la maldita manía de partir todo por la mitad (...) Ojalá pudiera partir todas las cosas enteras; así cada uno podría salir de su obtusa e ignorante integridad. Estaba yo entero y todas las cosas eran para mí naturales y confusas, estúpidas como el aire: creía verlo todo y no veía más que la corteza. Si algún vez te conviertes en la mitad de ti mismo, muchacho, y te lo deseo, comprenderás cosas que escapan a la normal inteligencia de los cerebros enteros. Habrás perdido la mitad de ti y del mundo, pero la mitad que quede será mil veces más profunda y valiosa. Y también querrás que todo esté partido a la mitad y desgarrado a tu imagen, porque belleza y sabiduría y justicia existen sólo en lo hecho a pedazos.

Y el vizconde llegó a enamorarse de una campesina. Pero por entonces sucedió lo que se podía haber esperado: regresó la otra mitad de Medardo, el lado bueno. Y Medardo el bueno se dedica a hacer el bien... y a enamorarse de la misma campesina. Y ante ella hace esta alabanza del estar demediado:

-Eso es lo bueno de estar partido: el comprender en cada persona o cosa del mundo la pena que cada uno y cada una tiene

por su propia incompletez. Yo estaba entero y no entendía, y me movía sordo e incommunicable entre los dolores y las heridas sembradas por doquiera, allí donde, de entero, uno menos se atreve a creer. No soy sólo yo un ser cortado y arrancado, sino tú también y todos. Y ahora yo tengo una fraternidad que antes, de entero, no conocía: con todas las mutilaciones y las faltas del mundo (...)

La historia termina como tenía que terminar: los dos Medardo luchan por el amor de la campesina, y se hieren justo en el lugar donde cada uno conservaba la gran cicatriz del cañonazo que los dividió. Llega entonces el médico: los une y los cose. Así volvió Medardo a ser un hombre entero, ni bueno ni malo, sino una mezcla de maldad y de bondad.

La primera impresión que puede provocarnos este cuento de Italo Calvino podemos expresarla en forma de pregunta última: ¿bondad y maldad ineludiblemente unidas en el ser humano? ¿éxtasis y vértigo? Dicho de otro modo: ¿es el hombre un ser escindido, incompleto, inconcluso por naturaleza? ¿nacemos –naturalmente– completos pero la cultura (educación, tradiciones, estructura socioeconómica, etc.) nos desgajan? ¿qué es, en última instancia, lo más *humano*: el hombre completo, acabado, armónico... o el hombre incompleto, dividido, en lucha constante con sus dos mitades: la buena y la mala?

Algunos pensadores modernos han visto en el ser humano un sujeto alienado (Marx), otros reprimido (Freud), otros otras muchas cosas, pero ninguna respuesta parece complacernos. ¿Es el camino hacia la humanización (tanto desde la perspectiva biológico-evolucionista como desde la moral) un reencuentro solidario entre dos mitades inevitables y, aparentemente, solitarias (pero modificables, esto es, armonizables)?

Actividad 1. Debate: a partir de las preguntas arriba planteadas, iniciad un debate en torno a la escisión del vizconde, que nos representa a cada uno de nosotros. ¿Por qué, a veces, nos comportamos bien y, en otras ocasiones –aun sin premeditarlo–, nuestra actitud es la contraria?

El objetivo final de esta actividad es que llegues a una primera conclusión en torno a dos cuestiones básicas:

1. Definición y delimitación de los conceptos bien/mal (bondad/maldad).

2. ¿Es el hombre moral por *naturaleza* (demediada), o más bien es una cuestión *convencional* (paidéutica)?

2. Medardo. La historia (moderna) de un desgajamiento

La historia que acabamos de leer parece tener un final precipitado y algo inocente: “Llega entonces el médico: los une y los cose. Así volvió Medardo a ser un hombre entero”. ¿Cómo los une el médico? Porque no parecerá difícil unir las dos mitades de cuerpo, pero ¿qué hay de sus almas, o modos de ser (maldad y bondad)? ¿cómo se *cose* esto? ¿tiene algo que ver el Medardo de antes de la batalla contra los turcos en la unión del ‘otro’ Medardo?

Para saberlo, quizás debiéramos empezar por el principio. ¿Quién es el tal Medardo, vizconde? Un noble como los nobles de su época: guerrero, autoritario y egoísta. Un hombre educado para mandar y para demostrar su valía en la batalla, para juzgar y no ser juzgado (servidumbre de la gleba), para hablar y ser escuchado (con temor). Pero, a fin de cuentas, sabemos nosotros que no es más –ni menos– que un ser humano, con todo lo bueno y lo malo, lo generoso y villano que ello conlleva.

Podemos imaginar que su vida transcurría tranquila en el feudo; más que tranquila, aburrida. Pero le llegaron noticias de la guerra santa: se necesitan hombres valientes, hombres con armadura y dispuestos a conquistar la gloria terrenal y celestial. Nuestro héroe, sin pensárselo dos veces, se despide de sus padres y amigos y, acompañado por dos de sus vasallos, que le sirven de escuderos, inicia el camino hacia Bohemia, lugar de encuentro de los guerreros de Dios y lugar de batalla contra los infieles invasores.

Allí se encuentra con otros duques, condes y marqueses. Todos presumen de su valor y cuentan otros episodios bélicos, vanagloriándose de sus heroicidades. Nuestro vizconde, sin embargo, no puede hacerlo, pues es la primera de las guerras en las que participa. En sus veinticinco años de vida, no ha tenido todavía grandes oportunidades para confirmar su sangre noble. Pero el momento crucial se acerca. Y él está dispuesto a no deshonrar el digno apellido y escudo de su familia: Terralba.

Llega al campamento un emisario, con noticias realmente alarmantes. El ejército turco, sanguinario y bárbaro, avanza destrozando todo cuanto encuentra en su camino. °Hay que detenerlos, en el nombre de Dios! Grita el capitán. Aquella misma noche, reciben la

orden de preparar bien su montura y su armadura, pues al alba irán al encuentro de los invasores.

Avanza la noche. Medardo no puede dormir. No es miedo, no, lo que le impide conciliar el sueño; es el cúmulo de recuerdos, mezclados con el frío de la noche, que le corren por la cabeza y fuerzan el desvelo. Se ve, de niño, junto a su padre, que le quiere valiente y arrogante, tratando de vencerle en los juegos de fuerza; se ve, también, acariciado por la tibia mano de su madre, que le quiere bueno y generoso. Se recuerda, por último, robando dulces y fruta en el mercado –como tantas veces de niño– pero compartiéndolos –algunas de ellas– con algún otro niño menos osado o menos hábil.

Ensimismado como estaba, no se dió cuenta de que alguien se le acercaba por la espalda. Y, ya muy cerca de él, le llamó. Era el capitán Maretti, que resultó ser amigo de su padre. Tu padre fue muy valiente, espero que también tú lo seas, muchacho, le dijo.

Tras la conversación, el futuro héroe empezó a sentir sueño y decidió acostarse. Se durmió pronto, pero el amanecer le sorprendió al poco tiempo. Se levantó, decidido, pero aún con el titubeo del que no sabe bien qué debe hacer y cómo es el escenario de una batalla. Sólo una cosa tenía clara: era valiente y tenía que demostrarlo.

Es así como, cabalgando por una de las llanuras de Bohemia, divisó un cañón enemigo que estaba causando estragos en su ejército. Sin pensarlo dos veces, se dirigió, desenvainada la espada, hacia los dos turcos que lo manejaban, gritando ferozmente. Pero sus dos enemigos, veteranos ya de mil batallas, no se amedrentaron y consiguieron batirlo antes que llegara a ellos. El cañonazo le dio al pobre Medardo en pleno cuerpo, partiéndolo por la mitad.

Pero no sólo la mitad de su cuerpo, también la mitad de su alma. Es así como quedó, y como lo encontraron, minutos después, los compañeros de batalla. Presto, lo llevaron al hospital del campamento, donde un experto cirujano iba a tratar de salvarle la vida. Y lo consiguió, pero como ya sabemos: sólo la mitad del vizconde Medardo de Terralba era recuperable: la mitad de su cuerpo y la mitad de su alma.

Es así como nuestro héroe se encontró, al despertar. Y es así como cambió su forma de ver las cosas: todos somos mitades. La mitad es la esencia (velada) de todas las cosas. La completud es la parte. El sentido de las cosas está no en las cosas, sino en los pedazos de éstas: no el orden, sino el caos; la armonía es el desequilibrio: tener sólo una parte. Lo cual significa que somos dos, pero podemos vivir con uno de los dos semi-seres. Pero, ¡ay infortunio! La mitad que

quedó sana era la parte ruin (no sólo del cuerpo, sino del alma; pronto lo advirtió, casi de inmediato, su nodriza, que le conocía bien). Mala yerba nunca muere.

La mitad que engendraba los malos deseos y las malas acciones: de los vicios, del mal, de la bajeza humana. Pero, ¿dónde quedó la otra mitad? El autor del cuento la recupera, finalmente. Y, cuando aparece, aparece la contradicción en Medardo: demonio y ángel se disputan la verdad y la hegemonía. La dualidad de nuevo: soy dos. Uno es mitad.

Pero, ¿cómo consigue el doctor unirlos? Como quiera que no sólo somos dos mitades de cuerpo, sino dos mitades de alma, necesitamos dos doctores: el médico de cuerpos y el médico de almas. El cirujano y el filósofo. De nuevo, dos dosis para un uno que es dos (y que, así las cosas, no se siente realmente uno).

Para coser las dos mitades de cuerpo, el cirujano no preguntó nada. Se limitó a hilvanar la aguja y unir, con destreza, cada pequeña parte simétrica del cuerpo. Pero, ¿cómo se las arregló el filósofo para articular el bien y el mal? Simplemente, no pudo. Sólo llegó a un acuerdo con ambas partes: les propuso crear un espacio neutral donde las cosas pudiesen ser discutidas en igualdad de condiciones y, con arreglo a las argumentaciones aportadas, conceder la victoria a la mejor de ellas. A ese espacio se le llamó razón, al acto, consenso, y al logro, verdad: lo bueno, lo justo y lo mejor. Pero, desgraciadamente, y a pesar de la vigencia de todo ello, todavía la parte derecha del alma de Medardo hacía las cosas sin avisar, y se saltaba a la torera el inicial acuerdo. Y al igual que cuando el tiempo es húmedo se resienten los puntos de sutura dados otrora por el cirujano, de tanto en tanto la conciencia del Medardo íntegro se resiente con la ruptura unilateral de los acuerdos previos tomados por unanimidad.

Así pues, el nuevo Medardo, el hombre “entero, ni bueno ni malo, sino una mezcla de maldad y bondad”, recorre de nuevo los valles y los bosques del feudo, haciendo a veces el bien, a veces el mal. Y así, precisamente, peregrinan el hombre y la mujer por la tierra: entre bondades y maldades, entre consenso y disenso, entre justicias e injusticias. Y una de las mitades, de vez en cuando, se nos resiente cuando nos enteramos de los ataques a otras personas por algo tan nimio como el color de su piel, la muerte de miles de niños –diariamente– por inanición, la violencia callejera y doméstica, etc.

Actividad 2. Inventa otro final para la historia del demediado Medardo. Una vez elaborado, contesta a estas cuestiones:

1. Subraya, en tu escrito, los conceptos que crees fundamentales, en especial aquéllos que tienen o crees que puedan tener relevancia para la ética.
2. ¿Qué implicaciones éticas tiene tu final? ¿Cómo solventa, si lo hace, la difícil relación bondad/maldad en la naturaleza o convención humanas?

3. *El vizconde demediado habita en nosotros*

La historia que acabamos de contar al estilo *midrash-baggadá* resulta una poderosa metáfora de la condición humana. Donde quiera que miremos, encontraremos al vizconde demediado: nuestro vecino, nuestro amigo, nosotros mismos. Las dos mitades: reencontradas constantemente en nuestra vida y sus circunstancias. Tienen muchos nombres: bondad-maldad, justicia-injusticia, libertad-esclavitud. Pero también: cuerpo-alma, cosmos-caos, país rico-país pobre, etc. Demediado *está* el ser humano, demediada *está* la sociedad, demediado *está* el universo. Efectivamente, la “maldita manía de partir todo por la mitad” de nuestro personaje ha hecho mella en toda realidad colonizada por el ser humano. Y, así, nuestra inevitable miopía.

Efectivamente, todo es dual; dicho de otro modo, todo tiene su doble perspectiva o dimensión. Así, todo es complejo (entendiendo por simple la parte, cuya soledad no explica nada, ni facilita las cosas, a pesar de que, por ejemplo, la ciencia moderna iniciada por Galileo y Descartes se base en la simplificación). La complejidad es la esencia de todas las cosas. Todas las realidades, pues, son dimensiones de una misma Realidad, única (pero dual) y compleja. Los objetos, los sujetos, forman una dualidad, pero no un dualismo. La dualidad es conjuntiva o unitiva, el dualismo es disyuntivo. Quizás el hombre sea el único ser dual con tendencia al dualismo: es el riesgo de la libertad; es la necesidad de la voluntad.

Así es con el universo. Efectivamente, es dual: caos y cosmos compartieron el inicio, comparten la expansión y compartirán, por lo que parece, el fin de los tiempos. Nos rodea, por lo tanto, la complejidad, esto es, la negatividad y la positividad. Y la naturaleza, en este caso, se las compone para armonizar su ‘demediatez’ universal. Su enigma se resuelve con la integración: todo está interrelacionado, todo forma parte de todo. No hay parte aislada: no hay arriba o abajo, no hay exterior o interior, no hay masculino o femenino, no hay derecha o izquierda (no hay vizconde demediado sino en la metáfo-

ra. La realidad nos muestra al vizconde –a todo hombre y mujer-completo en su dualidad: complejo e integrado, aunque no necesariamente armonizado, equilibrado).

Por lo que nos cuentan los científicos, existía en un principio una concentrado extraordinario de energía-materia en perfecto equilibrio. Sin que sepamos la causa, se dió el famoso Big-Bang: la energía-materia estalló y se expandió en todas direcciones: el caos hizo, con esto, acto de presencia. Por ello, cada cosa, cada ser, contiene en sí la dualidad caos-cosmos, desorden-orden. Ambos se requieren: el caos no es absoluto y se debe –al menos en su origen, al cosmos–; el cosmos no es orden estable por siempre, conlleva caos –no otra es la procedencia de este último. En el ser humano se replica el origen del universo.

Como sostiene Boff: “La situación actual es esta: el universo no es totalmente caótico, no totalmente organizado. Es la combinación de ambos. Se presenta ordenado a punto de provocar la fascinación y la veneración de los mejores científicos como Newton, Einstein y Prigogine, y de cada uno de nosotros, simples admiradores de la creación. Al mismo tiempo, ese orden es frágil, sometido al desequilibrio y a la situación de caos. Así es el caminar de todas las cosas: orden-desorden-interacción-nuevo orden”⁸.

Así es, también, con el ser humano: es dual, como hemos visto a raíz de la historia del vizconde demediado; pero tiene tendencia al dualismo, como tan claramente nos ha hecho ver en ella Calvino. Que sea dual significa que está integrado por infinidad de partes conjuntivas o unitivas (cual puntos de sutura para el alma). Que sea dualista significa que el filósofo no pudo acabar bien la tarea que se le encomendó. Creó para ello la alternativa alma colectiva: instancias internacionales que tratan de mediar en todo tipo de conflictos. Ya hablaremos de ello más adelante.

Vayamos por partes. La dualidad humana primera y principal es la del par cuerpo-alma. Estas dos realidades pueden caracterizarse por la dualidad y/o por el dualismo. En tanto que compiten, como los dos demediados por la joven campesina (hasta que “se hieren justo en el lugar donde cada uno conservaba la gran cicatriz del cañonazo que los dividió”, esto es, su parte más fragilizada), hablaremos de ellas como contrapuestas, en plena tensión: el mal desde

⁸ *El águila y la gallina*. Op. Cit., pp. 46-47. Cfr. También GUITTON, J. *Dios y la ciencia*. Debate.

ellas será entonces absoluta negatividad, esto es, caos; el bien, el absoluto orden. Pero no es así como funcionan las cosas.

Cuerpo y Alma son dos dimensiones del único y complejo ser humano. Por lo tanto, no hablemos de cuerpo y de alma, sino de hombre-cuerpo y de hombre-alma (mujer-cuerpo, mujer-alma) o, como sugeríamos al inicio, Medardo íntegro (no mitad malo y mitad bueno, en permanente *demediación*).

Cada uno es cuerpo en tanto que exterioridad; alma en tanto que interioridad. Por lo tanto, Medardo no tiene cuerpo y alma. Es cuerpo y es Alma. Occidente los separó, generando uno de los mayores y más perjudiciales inventos. Sobre el cuerpo recayó la materialidad (cultura materialista: cuerpo como objeto, hombre demediado sin valor, sino con precio). Sobre el alma la espiritualidad (cultura individualista: desarraigada, hombre demediado egoísta). Pero el cuerpo no es fuente del mal (o, al contrario, de culto) y el alma de salvación (salud) (o, al contrario, de alienación del hombre, de opio).

Por separado son dañinas, contrapuestas: demediadas. Ahora bien, si las yuxtaponemos, esto es, si las entendemos unidas, integradas, interactuantes, son enriquecedoras, realmente humanizadoras. El vizconde demediado estaba enajenado, con su miope interpretación de las cosas y de los acontecimientos; unido, íntegro, es una gran posibilidad, un gran potencial (y no sólo alguien que hace ora el bien, ora el mal).

Es, por tanto, un error, separar lo que en el vizconde, y en todo ser humano, viene junto: alma y cuerpo, incluso en su bondad y en su maldad. Realidad y utopía van juntas, pero no disueltas ni demediadas. De ahí que, por ejemplo, el problema del mal pueda tener otro tratamiento distinto: “en la perspectiva cosmogénica y dinámica, el mal es una condición que está en el origen. La fuerza creadora-de-todo hace e hizo surgir los seres más diversos, todos provisionalmente incompletos. Ellos se ven enredados en la necesidad intrínseca de pasar por varias etapas hasta llegar a su completud. En ese sentido, en el nivel humano, el pecado (el mal) consistiría en rechazar esa dinámica, no en querer crecer y resistirse al ofrecimiento de más orden y más vida”⁹.

Llegamos al momento del dualismo. Recordemos de nuevo la tarea del filósofo o médico del alma: unir las dos partes anímicas del

⁹ BOFF, L. *Íbid.*, pp. 47-8 (para entender mejor la cita, hay que remitirse a la anterior, dado que el autor lo relaciona con su reflexión en torno al cosmos y su origen).

demediado vizconde. Tarea difícil, de refinada orfebrería. Sobre todo porque, mientras en los objetos el dualismo es la única condición de realidad –y, así, el cirujano, que contemplaba el cuerpo como objeto no tuvo problema alguno en realizar su delicado trabajo–, en el ser humano la dualidad está acompañada de dualismo, esto es, de disensión, disyunción, exclusión. ¿Cómo integrar, cómo unir, cómo consensuar? ¿Cómo lograr que Medardo, integrado en sus dos partes (maldad y bondad), sea bueno en sus acciones y, sobre todo, justo? Recordemos que el joven Medardo, como todo señor feudal, era dueño de lo que le rodeaba, incluso de la vida de sus siervos; recordemos también que, vuelto demediado de la guerra contra los turcos en Bohemia, la parte maligna de su cuerpo y de su alma resistieron el embite del cañonazo y su nueva condición se hizo notar “en sus primeras acciones... (de modo que) su antigua nodriza, que le conocía bien, dijo: –ha regresado la mitad mala de Medardo”; recordemos, finalmente, que es unido, cosido, integrado en última instancia, deviniendo en “hombre entero; ni bueno, ni malo, sino una mezcla de maldad y de bondad”.

Dicho, todavía, de otro modo, ¿cómo liberar el bien que hay en nosotros, esto es, la parte del alma que, en metáfora anterior, remite al cosmos (que supone al caos, pero lo supera, triunfante... aunque sea al final de los tiempos)?

Desde luego, el hilo que debe usar nuestro filósofo o médico de almas ha de ser de sustancia especial, del mismo modo que la maestría para coser tan difícil materia volátil.

¿Cómo convencer al vizconde en su estado demediado de la bondad de su integridad? ¿Cómo, pues, unir los dos opuestos en lucha despiadada por una campesina o por el asunto que fuere? El filósofo, penitente en el Tíbet durante largos años, les contó a ambas mitades de Medardo la siguiente historia:

“Alguien le preguntó a Chiblí: ¿Quién fue el primero en guiar tus pasos en el camino del Umbral divino?

Él respondió: Ví un día un perro, al borde el agua, que se moría de sed. Cuando miraba la superficie del agua, veía su propio reflejo y creía que era otro animal, y cada vez huía ante aquella imagen sin haber bebido. Al final, la sed le hizo perder todo conocimiento y se le acabó la paciencia: de un salto se arrojó al agua, y al mismo tiempo desapareció el otro perro. Desvanecido así aquel perro ante sus propios ojos, se esfumó entre él y su deseo aquél obstáculo que no era sino él mismo.

Así es como desapareció el obstáculo que se alzaba ante mí sin duda alguna, quien fue así aniquilado no era sino mi yo. De esta manera fui salvado; mi primer guía en la Vía fue un perro¹⁰.

Acabada la narración, el filósofo miró fijamente a cada uno de los semi-rostros del vizconde y habló de esta manera: Borraos también vosotros de delante de vuestro ojo. El obstáculo que os impide avanzar es vuestro yo (demediado); hacedlo desaparecer. El más mínimo apego a ese semi-yo es una pesada cadena que os traba los pies. Sólo lograréis la luz con vuestra integridad. Sólo podréis amar y ser amados de verdad si sois capaces de renunciar a vuestra demediatez e integraros ajustadamente (esto es, de manera justa).

Cuando nuestro médico de almas acabó de contar la historia y aplicar su moraleja, las expresiones de los semi-rostros del vizconde mostraban a las claras la actitud tomada ante tal enseñanza. Para el lado izquierdo del alma, la experiencia le resultaba francamente interesante. Sin embargo, el lado derecho mostraba cierto aire de incredulidad y de distanciamiento. La tensión y tirantez del momento fue en aumento, de modo que tuvo que intervenir el cirujano advirtiendo seriamente: –si seguís así, pronto romperéis el hilo que os une corporalmente; y de ser así, os desangraréis ya sin remedio. Así que, sea cual sea la opción que toméis, dejad de estiraros.

Tales palabras resultaron decisivas, pues el lado derecho aceptó sólo *provisionalmente* la propuesta del médico de almas. No le gustaba la idea de abandonar su semi-yo para proporcionar ese ámbito a un Otro –al lado izquierdo; pero, al menos, pensaba, el otro hará lo mismo para conmigo.

El filósofo lo había expresado de un modo mucho más complejo, aunque, a decir verdad, mucho más preciso: “el ‘Yo’ es despertado a sí-mismo, i.e., se muestra sujeto, en el movimiento mismo que le refiere al otro, catapultándole ‘más allá’ de sí-mismo; este movimiento hacia el ‘otro’ –estructura relacional– no es algo que el ‘Yo’ pueda proponerse, sino que es propio de un ser ‘creado’ así; debido a esto, el Yo no sólo es arrancado al Ser –a su propio ser–, sino también a su ser objetivable y satisfecho, entendido como ‘lo en sí’ –Soy–. Sentirse responsable, por tanto, es reconocer que el ‘Yo’ ha perdido la iniciativa de la explicitación del sentido del ser en beneficio del ‘Otro’, que late en la ‘huella’ dejada por él en el ‘Yo’”¹¹.

¹⁰ OLAÑETA, J. *75 cuentos sufíes*. Palma de Mallorca, 1987, p. 93-94.

¹¹ GONZÁLEZ R. ARNÁIZ, G. E. *Levinas: humanismo y ética*. Cincel, 1987, Madrid., p. 165.

El vizconde, ambos dos, pidieron, al unísono, una explicación más sencilla, pues si bien el arte de la guerra ya creían dominarlo, lo referente a las letras y al pensamiento les quedaba un poco lejos. Así las cosas, el filósofo aclaró: cada uno de nosotros, aun cada una de nuestras partes (demediadas) es esencialmente apertura, no cerrazón. Esa apertura puede ser agresiva, lucha de contrarios (dualista), o bien pacífica, enriquecedora, integradora (dual). El dominio de la primera lleva a la destrucción, el de la segunda al paraíso. Hay que elegir. Pero solamente la opción dual es propia del ser humano, por haber sido “‘creado’ así”.

Así andaba la terapia que el médico de almas trataba de aplicar a Medardo. Así anda también nuestro deambular por la vida: entre la paz y la guerra, entre la lucha de nuestros propios contrarios (y contradicciones) y la integración (paradisíaca). La destrucción, la guerra de todos contra todos, es posible. El paraíso, utópico. Pero, a medio camino entre ambos, se encuentra la senda que nos lleva desde el caos al cosmos (con algunos vaivenes a la manera de caos-cosmos-interacción-caos-cosmos...). ¿Cómo es esto?

Hobbes¹², insigne pensador del XVII, creyó que el hombre era un lobo para el hombre. De ahí que, so pena de desaparecer la especie humana, debíamos todos firmar un contrato para asegurar nuestras vidas: justamente era la vida, fundamentalmente, lo que depositábamos todos en manos de un soberano (justo): el Estado. Pero aceptar esta tesis sería situarnos del lado del caos y no contemplarlo como una parte o perspectiva de la realidad social, sino única y radical.

De otra parte, y poco después, el ingenuo de Rousseau¹³ mostraba su plena confianza en el ser humano: el hombre es bueno por naturaleza, sostuvo a capa y espada. Pero la historia y nuestra propia experiencia personal nos arrojan –a veces brutalmente– del calor de tal tesis. No, el hombre no es sólo bueno por naturaleza. Sostener –con Rousseau– esta idea implicaría situarse del lado del cosmos, sin tener en cuenta que el caos existió, existe y existirá –en el universo y en el alma humana.

La conclusión, pues, se nos impone con toda la fuerza de la lógica: el hombre es en parte bueno y en parte malo... como el vizconde renovado: “ni bueno ni malo, sino una mezcla de maldad y de bondad”. El quid de la cuestión está en cómo hacer que triunfe la

¹² Cfr. *Leviatán*, quizás su obra fundamental.

¹³ Cfr. *Contrato social*, una de sus obras más importantes.

bondad sobre la maldad, como en el universo parece que el cosmos triunfará sobre el caos (al final de los tiempos). ¿Cómo es esto?

Por aquellos tiempos –entre el XVII y el XVIII– andaba también preocupado por el hombre un tal Voltaire. No contento con las explicaciones de Hobbes y de Rousseau, pensó en la alternativa más creíble: en el hombre como totalidad encontramos el bien y el mal. Y, para explicárnoslo, contó lo que sigue:

Los dioses estaban muy descontentos con la última criatura aparecida sobre la tierra, el hombre. Y decidieron destruirlo. Pero se interpuso un dios menor defendiendo a los humanos. E invitó a los dioses a contemplar, una vez más, algunas de las acciones de esta criatura.

Fijaron su mirada en un mercado. En él, alguien se disponía a comprar unos metros de tela que necesitaba. El mercader, viendo que el comprador no entendía demasiado de estos asuntos, le vendió los metros que aquél precisaba a un precio bastante superior al que en realidad costaba la tela elegida. Cerrado el trato, y ya lejos el comprador tímido, nuestro mercader frotóse las manos por la *buena* venta realizada.

Al guardar el resto de telas que le había mostrado, se percató de que éste, en un despiste, se había dejado sobre sus estante la bolsa llena de oro. Y no dudó un instante en salir corriendo a la búsqueda del dueño de aquella bolsa –que contenía bastantes más monedas que las había ganado hábilmente en la venta. Lo encontró y se la devolvió.

La conclusión a la que llegaron los dioses –después de estas dos lecciones: de estafa y de honradez de un mismo hombre sobre otro, en sólo unos minutos de diferencia– fue que los hombres son como figurillas en las que hay incrustados pedazos de madera, de oro, de diamantes, de arcilla... es decir, una mezcla de bondad y de maldad, o mejor, de acciones buenas y justas o malas e injustas.

Así las cosas, decidieron cambiar los planes y dejaron que la especie humana siguiese existiendo sobre la tierra, tal como era¹⁴.

En esa tesitura, lo que se hace necesario es optar: o promocionamos nuestra parte positiva (buena y justa, e incluso nos atreveríamos a decir que parecemos predispuestos: nótese la alegría que solemos tener al realizar una ‘buena acción’) o el mal acechará constantemente y vencerá en no pocas ocasiones. Esa opción es una cuestión moral y la reflexión sobre las condiciones de la opción y sus valoración cosa de la ética (o filosofía moral). Pero, tanto la ética como la moral carecen de elementos coercitivos, esto es, de imposición:

¹⁴ Adaptación de uno de los cuentos de Voltaire.

¿quién garantizará que las resoluciones éticas y morales se hagan realidad, y venza así la parte justa y buena que poseemos, frente a la injusta y mala (que también forma parte de nuestro ser)? Dicho de otro modo, ¿cómo logrará –de forma eficiente y no sólo llevada de buenas intenciones– la parte izquierda de Medardo imponerse de forma clara y coherente a la parte derecha, “su parte mala”?

Lo fundamental sería llegar a un acuerdo entre ambas partes (afectadas ambas en el asunto, dado que las dos forman una dualidad, pero un ser íntegro), de modo que el resultado de las propuestas formuladas se decante del lado del mejor argumento, es decir, el más cercano a la verdad.

El asunto, en esos momentos, queda en manos del derecho y de las organizaciones nacionales e internacionales que tratan de mediar en todos los conflictos con la fuerza del derecho y de la moral, y no con la de la violencia. La fuerza del derecho estriba en imponer esa verdad consensuada; la fuerza de la moral y de la ética en defender la bondad y, sobre todo, la justicia de tal derecho (ya impositivo y punitivo). La O.N.U. –al menos su ideal– sería un claro ejemplo de lo que pretendemos transmitir ahora.

En el caso del vizconde, debería elegirse a un grupo representativo de ciudadanos y habitantes del feudo que, en caso de conflicto, y atendiendo a las dos partes, dictase sentencia en favor de una o de otra, siempre con arreglo a la verdad (basándose en la bondad y la justicia de la acción y de los actuantes: sus motivos, intenciones, medios, resultado, etc.). Esto es, conciliar ambas partes moral y jurídica-mente (siempre que lo jurídico quede subyugado al consenso entre los afectados, esto es, al procedimiento moral discursivo).

Actividad 3.

1. Busca datos –periódicos, etc– que pongan de relieve la bondad/maldad actual.
2. A la luz del midrash construido, ¿cres que el hombre es moral por naturaleza o por convención? Justifica tu respuesta, recurriendo, al menos, a los aspectos analizados en éste.

4. El texto y su autor

Italo Calvino, autor de la obra de donde hemos recogido el texto-guía para la reflexión, a la *manera bebraica*, que nos hemos propuesto, es un escritor italiano, aunque nacido en Cuba en 1923.

Hay quien dice que Calvino sigue siendo un niño, que ha logrado prolongar dentro de sí aquella fase infantil y adolescente de la vida en que nos entregamos fácilmente a invenciones fabulosas y en que se transfiguran las experiencias con gusto fresco, inmediato, de leyenda.

Ciertamente, la fábula ha ido predominando en él, desde *Il sentiero* y *Ultimo viene il corvo*, a través de *Il visconte dimezzato*, hasta *Il cavalieri inesistente*, y las referencias morales e históricas se han ido haciendo cada vez más vagas e implícitas, como si no valiera la pena recalcarlas para no turbar el puro placer de la invención fabulesca. De hecho, afirma Pullini que “para poder disfrutar de las últimas obras de Calvino es aconsejable no insistir en los sobreentendidos morales y tomar la narración en toda su fragante belleza. Las moralejas es mejor dejarlas a la sombra de las reticencias, para que no molesten con su escolástico dualismo alegórico”¹⁵. A pesar de ello, es evidente que la escritura de Italo Calvino llena de *posibilidades filosóficas* al interesado. Prueba de ello es el caso de la presente macro-midrash.

Como hemos podido observar en el *Vizconde demediado*, y como puede constatarse en otras muchas de sus novelas, nuestro autor reanuda, aunque desde cierta lejanía, el tema pirandelliano de la imposibilidad de abarcar la naturaleza humana en toda su integridad. Por ello podemos decir que, a pesar de las sugerencias de Pullini y otros, Calvino presenta siempre la condición vital del hombre contemporáneo, y a veces parece olvidar los elementos contigentes de su drama, es porque está atento a los aspectos esenciales de su mal de vivir; y cuando parece que sólo pretende divertirse, es porque no quiere hacer de serio moralista y se complace en atenuar el sonido de las palabras con variaciones fantásticas, las cuales, sin embargo, no atentan a su íntimo significado ejemplar. Hay fábulas y fábulas, igual que hay compromisos y compromisos.

Junio 2001

¹⁵ PULLINI, G. *La novela italiana de la posguerra*. Guadarrama, 1965, p. 334.